

mogénito de Leopoldo, donde se arrodilló, reclamando su protección en favor de aquellos huérfanos. Francisco I, uniendo sus sollozos á los de su madre y hermanos, entre los cuales habia uno que no tenia más que cuatro años, levantó á la emperatriz, besó á los niños y les prometió que sería para ellos un segundo padre.

Aunque esta catástrofe pareciese inexplicable para los facultativos, los hombres políticos sospecharon que en ella se encerraba algun misterio, y el pueblo, ménos cauto, habló sin empacho de envenenamiento; estos rumores no han sido confirmados ni desmentidos por el tiempo. La opinion más probable es que el príncipe, ávido de placeres, habia tratado de excitar en demasía su naturaleza haciendo un uso excesivo de ciertas drogas que componia él mismo, y que su pasión por las mujeres le hacía necesarias cuando sus fuerzas físicas no respondian al ardor insaciable de su imaginación. Su médico de cámara, Lagusius, que habia asistido á la autopsia del cadáver, afirmaba que habia sido envenenado. ¿Quién pudo envenenarle? Los jacobinos y los emigrados se echaban en cara mutuamente este crimen: aquéllos pudieran haberlo cometido por deshacerse del jefe armado del imperio, y para introducir con su muerte la anarquía en la federación alemana, cuyo lazo era el emperador; éstos hubieran podido herir en Leopoldo al príncipe filósofo que entraba en pactos con Francia y que retardaba la guerra. También se decía que habia sido envenenado por una mujer desconocida, en el último baile de máscaras. Contábase que ésta, favorecida por su disfraz, le habia ofrecido un dulce que contenia el veneno, y en él le habia regalado la muerte. Otros acusaban á la bella florentina doña Livia, querida suya, é instrumento, segun la opinion de éstos, del fanatismo de algunos sacerdotes. Todas estas anécdotas no son sino unas quimeras inventadas por la sorpresa y el dolor; los pueblos no quieren ver nada natural en los sucesos que como éste tienen tan gran influencia sobre su destino. Pero los crímenes colectivos son raros; las opiniones los desean, pero no los cometen por sí mismas. Nadie acepta por todos la execración de una maldad que no aprovecha sino al partido. El crimen es personal, como la ambición ó la venganza; alrededor de Leopoldo no habia ni una ni otra, y únicamente lo que podia haber era algunos celos ó algunas envidias femeniles. Sus relaciones con el bello sexo eran muchas y muy fugaces para que pudiesen encender en el alma de sus queridas una de esas pasiones que se sirven del puñal ó del veneno. Trataba á la vez con doña Livia, á quien habia traído consigo de Toscana, y que era conocida en Europa bajo el nombre de la Hermosa Italiana; con Prokache, jóven polaca; con la encantadora condesa de Walkenstein, y con otras muchas de inferior condicion. La condesa hacía ya algun tiempo que era su querida favorita, y acababa de regalarle un millon en billetes de Banco; habia llegado hasta presentarla á la emperatriz, que le perdonaba sus debilidades con tal que no concediese su confianza política sino á ella. La pasión de Leopoldo por las mujeres era un verdadero delirio, y sería preciso remontarse á las épocas más vergonzosas del imperio romano para hallar en la corte de los emperadores unos escándalos comparables con los de este hombre. Su gabinete parecia un lugar infame ó un museo de obscenidad. Despues de su muerte, se hallaron en él una porción de telas preciosas, de sortijas, de abanicos, de joyas de todas clases, y hasta cien libras de colorete y pomadas, destinado todo esto á reparar el desorden de los rostros de las mujeres que allí entraban, para que nadie notase su desaliño al salir. La emperatriz se ruborizó al ver aquellas

pruebas convincentes de la disolución de su marido, y cuando se inventariaron en presencia del nuevo emperador, no pudo ménos de decirle: «Hijo mío, ante tu vista tienes una triste prueba de los desórdenes de tu padre y de mis largas aflicciones; no te acuerdes sino de mi perdón y de sus virtudes. Imita sus grandes cualidades, pero guárdate de caer en los vicios en que ha caído tu padre, siquiera para que no haya quien tenga que ruborizarse al penetrar en los secretos de tu vida privada».

Leopoldo era más digno de aprecio como príncipe que como hombre. Habia ensayado un gobierno filosófico en Toscana, y aquel dichoso país bendice todavía su memoria. Su genio no era á propósito para la dirección de un imperio más vasto. La lucha que la revolución francesa le proponia le obligó á tomar el mando de Alemania, pero lo desempeñó con demasiada blandura, oponiendo los paliativos de la diplomacia al ardor de las nuevas ideas, lo que equivalió á asegurar el triunfo de la revolución, dándole tiempo de consolidarse. A ésta no se la podia vencer sino por sorpresa y ahogándola en su cuna. El genio de los pueblos era su agente y su cómplice, y su popularidad, cada dia mayor, constituia su fuerza y era su verdadero ejército. Sus ideas le reclutaban los príncipes, los pueblos y los gabinetes; Leopoldo hubiera querido contribuir á ella por su parte, pero el genio de las revoluciones consiste en conquistar todo lo que se opone á sus principios. Los de Leopoldo podian conciliarse muy bien con la revolución, pero su poder como árbitro de Alemania no podia conciliarse con el poder conquistador de Francia. Tenia que representar dos papeles, lo que hacía que su posición fuese falsa. Murió en la ocasión más oportuna para su gloria, y con su muerte se paralizó Alemania y se amortiguó el arrojado impetuoso de los franceses. Al desaparecer de entre estas dos cosas, les dejaba dos principios que debian chocar mutuamente y que necesariamente debian producir la guerra.

III

Fermentando ya las opiniones con la muerte de Leopoldo, recibieron otro golpe con la noticia del trágico fin del rey de Suecia, asesinado en la noche del 16 al 17 de Marzo de 1792, en un baile de máscaras. La parca iba haciendo presa uno á uno en todos los enemigos de Francia. Los jacobinos veian su propia obra en aquellas catástrofes, y se gloriaban de ello por conducto de sus más desenfrenados demagogos; pero estos hombres proclamaban unos crímenes en los que no tenían otra parte que el deseo de que se verificasen.

Gustavo, héroe de la contrarrevolución y caballero de la aristocracia, fué víctima de sus nobles, cuando se disponia á salir para la expedición que meditaba contra Francia, despues de haber reunido la Dieta para asegurar la tranquilidad del reino durante su ausencia. Su energía habia reprimido á los descontentos, á pesar de habersele anunciado, como á César, que los *idus* de Marzo le serian funestos. Hacía ya tiempo que habia indicios de que se urdía una trama contra él, y el rumor de que iba á ser asesinado se habia esparcido por toda Alemania ántes que el asesinato se verificase. Semejantes rumores son el presentimiento de los crímenes que se meditan, porque siempre los conspiradores dejan traslucir parte de los planes que tienen entre manos, y aunque esta luz sea muy débil, hay en ella claridad suficiente para ver ciertos sucesos ántes que tengan lugar.

Advertido el rey de Suecia por sus numerosos amigos de lo que se intentaba, y

suplicándole éstos que anduviese con cuidado, les respondió, como César, que era ménos doloroso recibir el golpe que estar temiéndole continuamente, y que si él tuviese que dar oídos á todas las advertencias de este género, no se atrevería ni á beber un vaso de agua. Así desafiaba este príncipe á la muerte, entregándose á su pueblo sin tomar la menor precaucion.

Los conjurados habian hecho ya várias tentativas inútiles miéntras duró la Dieta, pero la casualidad habia salvado siempre al rey. Despues que volvió de Stockolmo, acostumbraba á ir solo á su palacio de Haga, distante una legua de la capital. En una de las oscuras tardes del invierno, tres asesinos se habian dirigido á las inmediaciones de aquel palacio provistos de armas de fuego, y habian estado espiando al rey con intencion de dispararle á boca de jarro. El cuarto de su majestad estaba en el piso bajo, y las muchas luces que habia en la pieza de la librería dejaban ver perfectamente la víctima á aquellos tres malvados. Gustavo volvió de cazar, se desnudó, se sentó en un sillón, y se durmió á muy pocos pasos de donde estaban sus asesinos. Ya fuese que algun ruido les alarmase, ya que el contraste solemne que ofrecia el sueño de un príncipe, que dormia sin la menor desconfianza teniendo tan cerca la muerte, enterneciese las almas de aquellos hombres, ello es que por esta vez no llevaron adelante su intento, ni este hecho llegó á saberse hasta que ellos lo revelaron en sus declaraciones, despues de haberse cometido el asesinato. Ya estaban decididos á renunciar á su proyecto, desanimados por una especie de intervencion divina y cansados de no haber podido llevar á cabo su idea en tanto tiempo, cuando una ocasion fatal vino á tentarles con más fuerza y á decidirles definitivamente á ejecutar el asesinato.

En el teatro de la Ópera se daba aquella noche un baile de máscaras al que debia asistir el rey. Los conjurados resolvieron aprovecharse del bullicio de aquella fiesta y de la impunidad que les ofrecia el llevar la cara tapada para dar el golpe sin que fuese fácil descubrir los agresores. El rey cenó con tres ó cuatro de sus favoritos ántes de ir al baile, y estando cenando, recibió una carta que leyó riéndose de su contenido, y que arrojó despues sobre la mesa. El autor anónimo de esta carta le decia que ni era amigo suyo, ni aprobaba su política; pero que como enemigo leal, se creia en el deber de advertirle que estaba próximo á ser asesinado y que le aconsejaba que no fuese al baile, así como tambien que, si estaba resuelto á ir, desconfiase de los grupos que se le acercasen, porque estos grupos debian ser el preludio y la señal del golpe que se le iba á dar. Para que el rey creyese las advertencias que se le hacian en este escrito, le daba su autor minuciosa cuenta del traje que llevaba, de sus gestos, de sus movimientos y hasta de la postura que habia tomado en el sillón la noche que se habia dormido tranquilamente en su palacio de Haga, creyendo hacerlo sin testigos. Semejantes detalles hubieran debido chocar é intimidar al príncipe. Su alma intrépida le hizo despreciar, no la advertencia, sino la muerte. Levantóse en seguida de la mesa, y se fué al baile.

Aún no habia acabado de dar la primera vuelta á la sala, cuando se vió rodeado, como se le habia predicho, por un grupo de máscaras que se interpuso entre él y los oficiales que le acompañaban. En este momento, una mano invisible le asestó por detras un pistoletazo. El tiro dió en la cadera izquierda del rey, y éste cayó en los brazos del conde de Armsfeld, favorito suyo. El ruido del tiro, el humo de la pólvora y los gritos de «¡Fuego!» que se oyeron por todas partes,

unido todo esto á la confusion que produjo el ver caer al rey, y la precipitacion verdadera ó falsa de las personas que corrian presurosas á levantarle, favoreció la desaparicion de los asesinos; la pistola quedó en el suelo. Gustavo no perdió un momento su presencia de ánimo, y mandó inmediatamente que se cerrasen las puertas de la sala, y que se obligase á todo el mundo á quitarse la careta. El rey fué conducido en seguida por sus guardias á su habitacion, contigua á la Ópera, donde se le hizo la primera cura, y en donde recibió á algunos enviados extranjeros, á quienes habló con la serenidad de un alma fuerte. Ni aún sus grandes dolores fueron suficientes á inspirarle sentimientos de venganza, y generoso hasta en sus últimos momentos, preguntó con inquietud si se habia cogido al asesino. Res-



Roland en las Tullerías.—Pág. 327.

pondiéndole entónces que todavía no se habia podido dar con él, dijo: «¡Quiera Dios que no se le encuentre!»

Miénttras que se daban al rey los primeros auxilios y se le transportaba á palacio, los guardias que estaban en las puertas iban haciendo que se quitasen la careta todos los concurrentes, á quienes interrogaban, tomando sus nombres y registrándoles escrupulosamente. Nada sospechoso pudo descubrirse en este minucioso registro. Cuatro de los principales conjurados, hombres de la alta aristocracia, habian logrado escurrirse de la sala en aquella primera confusion que produjo el ruido del tiro. De los nueve confidentes ó cómplices del crimen, ocho habian salido sin infundir la menor sospecha, y el último permanecia aún en la sala, afectando una tranquilidad que parecia el más seguro garante de su inocencia.

Por fin salió, y al quitarse la careta ante un empleado de policía, le dijo mirándole cara á cara con la mayor calma y desfachatez: «Se me figura, caballero, que á mí no se me tendrá por sospechoso». Este hombre era el asesino.

Se le dejó pasar; no habia otros indicios del crimen que el crimen mismo, una

pistola y un puñal que se hallaron debajo de unas flores en el suelo. El arma fué la que descubrió al asesino. Un armero de Stockolmo reconoció la pistola, y declaró habérsela vendido pocos días ántes á un caballero sueco, antiguo oficial de guardias, llamado Ankarstroem. Inmediatamente fueron á prenderle, y le hallaron en su casa, sin que pensase ni en disculparse ni huir; así es que reconoció el arma y no negó el crimen. Según dijo, lo había cometido por habersele formado causa injustamente, aunque el rey le había indultado en ella de la pena capital, y porque cansado de vivir, quería ilustrar su nombre, ó perecer siendo útil á su patria. En caso de haber salido bien, contaba con que se le recompensaría en proporcion al gran servicio que creía haberla hecho, y cargaba sobre sí toda la gloria ó todo el oprobio que de él podía resultar, negando que hubiese habido conjuración ni complicidad de ninguna especie, y disfrazando la trama con la máscara del fanatismo.

El remordimiento dobló, sin embargo, su constancia al cabo de algunos días, y le hizo manifestar todo el complot, nombrar á los culpables y confesar lo que le habían pagado por el atentado que acababa de cometer. El precio consistía en una considerable cantidad. Concebido este plan seis meses ántes, había fracasado tres veces por efecto de la casualidad, en la Dieta de Teljé, en Stockolmo y en Haga. Muerto el rey, debían ser sacrificados igualmente á la venganza del Senado y á la restauración de la aristocracia todos los favoritos del monarca y todos los hombres influyentes del gobierno. Sus cabezas, puestas en las puntas de unas picas, debían ser paseadas por todas las calles de la capital, á imitación de lo que sucedía en las conmociones populares de París. El duque de Sudermania, hermano del rey, debía ser también sacrificado. De este modo, entregado el jóven rey en manos de los conjurados, les serviría de instrumento pasivo para restablecer la antigua Constitución y para legitimar su atentado. Perteneían los principales cómplices á las familias más distinguidas de Suecia; la vergüenza de haber perdido parte de su poder había envilecido su ambición hasta llegar á hacerla criminal. Eran éstos el conde de Ribbing, el de Horn, el baron de Ehrenswærd y el coronel Lilienhorn, comandante de los guardias, á quien el rey había sacado de la miseria para elevarle á los primeros grados de la milicia y de palacio. Este confesó su ingratitud y su crimen, diciendo que le había inducido á cometerle la ambición de obtener el mando de la guardia nacional de Stockolmo. El papel que hacía Lafayette en París le había parecido el bello ideal del ciudadano soldado, y no había podido resistir á la tentación. Medio comprometido en el complot, había tratado de que no llegase á efecto, pero sin separarse de él enteramente. Este hombre fué el autor del anónimo de que hemos hablado anteriormente, y parecía que una mano invisible le impulsaba á cometer el crimen, y otra á avisar á su víctima, como si de este modo tratase de evitar los remordimientos que habían de acosarle despues que se hubiese llevado á cabo. El día fatal del asesinato lo había pasado en el mismo cuarto del rey, le había visto leer su carta y le había acompañado al baile. Este hombre, enigma del crimen y asesino misericordioso, tenía un alma cuyos sentimientos no es fácil explicar al considerarle indeciso entre su ánsia por derramar la sangre de su rey, y el deseo de evitar que se derramase la de su bienhechor.

Gustavo tardó bastante en morir, y veía acercarse ó alejarse el momento fatal con igual indiferencia y resignación en ambos casos. En su lecho de muerte recibió á sus cortesanos, habló con todos sus amigos, se reconcilió con aquellos ene-

migos declarados de su gobierno que no ocultaban la oposición que le hacían, pero que tampoco llevaban su resentimiento hasta el asesinato. «Estoy consolado en medio de lo que acaba de sucederme,—dijo el rey al conde de Brahé, persona distinguida de la corte y cabeza de los descontentos,—al ver que la muerte me hace encontrar en vos un antiguo amigo.»

Hasta que espiró veló constantemente sobre los intereses de su reino. Nombró regente al duque de Sudermania, instituyó el Consejo de regencia, y á su amigo Armsfeld le hizo gobernador militar de Stockolmo; medidas con las cuales rodeó al jóven rey, que sólo contaba trece años, de todos aquellos sujetos que podían contribuir eficazmente á que su minoría no fuese borrascosa. Preparó así el paso de un reinado á otro y arregló las cosas de manera que su muerte no fuese un acontecimiento funesto sino para él. «Mi hijo—escribía poco ántes de morir—no entrará en su mayoría de edad hasta los diez y ocho años, pero yo espero que sea rey á los diez y seis.» Con estas palabras presagiaba á su sucesor tanto valor y un genio tan precoz como el que le había hecho reinar á él ántes de tener la edad. A su confesor le dijo: «No creo llevar grandes méritos ante el tribunal de Dios, pero al ménos llevo el íntimo convencimiento de no haber hecho daño á nadie voluntariamente». Al poco rato pidió que le dejaran descansar para restaurar sus fuerzas y poderse despedir de su familia; ántes de dormirse lo hizo de su amigo Bergens-tiern, y en seguida se durmió para no volver á despertar.

El príncipe real fué proclamado rey y subió al trono aquel mismo día. El pueblo, á quien Gustavo había libertado del yugo del Senado, juró espontáneamente defender las instituciones dadas por el padre en la persona del hijo. El rey había empleado tan bien los últimos días que el Señor le había concedido, que nada pereció de lo que él había establecido; de suerte que parecía que su sombra continuaba reinando en Suecia.

Este príncipe no tenía nada grande sino el alma, ni había en su cuerpo otra belleza que la de sus ojos. De baja estatura, cargado de hombros, mal configurado de caderas, de nariz larga y boca muy grande, tenía, sin embargo, tanta gracia y había tanta viveza en su rostro, que eran suficientes á cubrir todas aquellas imperfecciones de la naturaleza y á hacer de él uno de los hombres más seductores de su reino. En sus ojos y en todo el resto de sus facciones se veían marcadas la inteligencia y la bondad, unidas á un valor que podía llamarse heroico. Sólo con mirarle se distinguía en él el hombre de talento, se admiraba el rey y se adivinaba el héroe. Instruido, literato y elocuente, aplicaba todos estos dones al buen gobierno de su Estado, y á los que había vencido por su valor, los conquistaba nuevamente con su generosidad y les encantaba con sus palabras. Sus defectos consistían en el lujo y en la inclinación decidida por los placeres voluptuosos, que tan fácilmente se perdonan en los héroes, aunque la historia con su inflexible imparcialidad se vea obligada á publicarlos. Gustavo tenía todos los vicios de Alejandro, de César y de Enrique IV. Para parecerse enteramente á estos grandes hombres, no le faltó sino ser tan afortunado como ellos.

Cuando aún era casi niño, se sustrajo á la tutela de la aristocracia, y emancipando el trono, emancipó también al pueblo. Puesto á la cabeza de un ejército reclutado sin tener recursos con que sostenerle, aunque disciplinado por el entusiasmo que supo inspirarle, invadió la Finlandia rusa y amenazó á San Peters-

burgo. Detenido en medio de sus victorias por una insurrección de los oficiales y encerrado en su tienda por los guardias, logró no obstante escaparse de sus manos, y corrió á socorrer otro punto de su reino invadido por los daneses. Vencedor de estos encarnizados enemigos de Suecia, el reconocimiento de la nación le habia devuelto su ejército, arrepentido ya de lo que habia hecho, y la única venganza que de él tomó fué conducirlo de nuevo á la victoria.

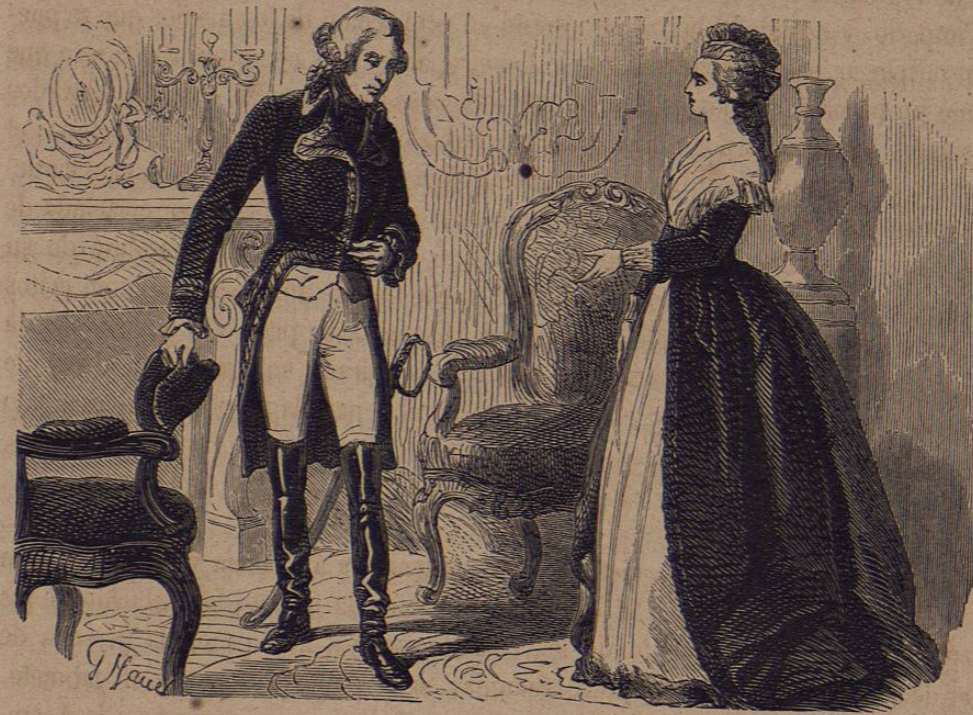
Gustavo habia salvado su reino en el exterior, y en el interior lo habia pacificado. Desinteresado bajo todos los aspectos y sin más ambición que la de adquirir gloria, su sueño dorado era vengar la causa abandonada de Luis XVI, y arrancar de manos de sus enemigos á una reina á quien adoraba desde lejos. Hasta este sueño era digno de un héroe. Sólo cometió una falta. Su genio fué más vasto que su imperio, y cuando el heroísmo no está en proporción de los medios que se pueden desplegar para probarle el que lo tiene, aparece más como un aventurero que como un héroe á los ojos de sus contemporáneos; razón por la cual sus elevados designios son tenidos por quimeras. Pero la historia no juzga como la fortuna; el corazón es el que hace al héroe más que el buen éxito de sus empresas; este carácter romántico y aventurero del genio de Gustavo, aunque no se viese coronado de una gloria que tanto ansiaba, no por eso dejó de manifestar la grandeza de su alma á pesar de la pequeñez de sus medios. Su muerte hizo prorumpir en gritos de alegría á los jacobinos, que dedicaron á Ankarstroem; pero esta misma alegría dió á conocer que el desprecio con que habian mirado anteriormente al rey de Suecia, diciendo que era un enemigo poco temible para la revolución, habia sido más aparente que verdadero.

IV

Removidos estos dos obstáculos, nada contenia ya á Francia y á Europa, sino el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nación, la ambición de los girondinos y el resentimiento de los constitucionales, heridos en la persona de Mr. de Narbona, todas estas cosas reunidas sirvieron para derribar el gabinete. Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Petion, sus amigos en la Asamblea, el conciliábulo de madama Roland y sus santones en los Jacobinos, fluctuaban entre dos partidos iguales para ellos, á saber: derrocar el poder ó subir á él. Brissot les aconsejó que se decidiesen por lo último. Más versado en la política que los oradores jóvenes de la Gironda, no podía comprender este hombre una rebelión sin gobierno. La anarquía, á su modo de ver, era tan contraria á la libertad como la monarquía. Cuanto más grandes fuesen los sucesos, tanto más necesario les era apoderarse de su dirección. El poder desarmado se hallaba á su alcance y era preciso cogerle: una vez que lo tuviesen en sus manos, harían de él una monarquía ó una república, según se lo aconsejasen la fortuna ó la voluntad del pueblo. Dispuestos á hacer todo aquello que pudiese conducir á que ellos reinasen en nombre del rey ó del pueblo, estos hombres que acababan de salir de la oscuridad, seducidos por la facilidad con que habian hecho su fortuna, seguían el carro de esta inconstante diosa y se entregaban enteramente en sus brazos. Los hombres que se elevan con facilidad, fácilmente también se desvanecen, confiados en que la suerte no puede ya volver á serles adversa.

Sin embargo, descubrióse desde luego una profunda política en el consejo se-

creto de los girondinos, al ver los nombres que habian presentado al rey para que eligiese entre ellos el nuevo ministerio. Brissot manifestó en esto la paciencia de una ambición consumada. Inspiró esta misma prudencia á Vergniaud, á Petion, á Guadet, á Gensonné y á todos los hombres eminentes de su partido, con los cuales se mantuvo en la penumbra, si bien inmediato al poder. Fuera del ministerio, sondeó la opinión pública valiéndose de unos agentes secundarios, á los cuales podia desmentir y aún sacrificar en caso necesario, quedándose él de reserva unido á las principales cabezas del partido, ya para apoyar, ya para derribar aquel débil ministerio de transición, si el pueblo adoptaba medidas más enérgicas y decisivas. Brissot y los suyos estaban decididos á dirigirlo todo, y aún á ser los que mandasen



Entrevista de Dumouriez y de la reina.—Pág. 331.

en realidad; de suerte que eran una especie de déspotas sobre los cuales no podia recaer ninguna responsabilidad. Reconociase en esta táctica de los girondinos la verdadera escuela de Maquiavelo. Además, absteniéndose de ser miembros del primer gabinete, les quedaba toda su popularidad, y conservaban á la Asamblea y á los Jacobinos aquellos poderosos votos que hubiesen sido nulos para el partido á ocupar ellos las sillas ministeriales. Esta popularidad les era absolutamente necesaria para luchar contra Robespierre, que les seguía los pasos, y que se hubiese encontrado al frente y único jefe de la opinión si ellos hubiesen abandonado el fuerte. Tomando parte en los negocios, afectaban hácia aquel rival un desprecio que no tenían en realidad, porque él solo contrarestaba la influencia que tenían todos juntos en los Jacobinos. Las vociferaciones de Billaud-Varennes, de Danton, de Collot-d'Herbois, no les alarmaron; el silencio de Robespierre les causaba la mayor inquietud. Ellos le habian vencido en la cuestión de la guerra, pero la oposición estoica de aquel hombre singular no le habia desacreditado con el pueblo, á pesar de estar la nación tan entusiasmada por la guerra. Este hombre adquiría ma-